

Diotima de Mantinea en la voz de María Zambrano: el camino unitivo del amor

MURCIA Serrano, Inmaculada

Universidad de Sevilla

El interés de la filósofa malagueña María Zambrano por algunas figuras mitológicas o literarias femeninas es una constante de toda su obra. Nina, de la novela *Misericordia* de Benito Pérez Galdós, o la Antígona de Sófocles, son quizás los ejemplos más representativos. Pero se pueden citar otros muchos, como Aldonza Lozano, Beatriz, Fortunata, y la que aquí nos ocupa, "Diotima de Mantinea"¹. Es éste uno de los personajes zambranianos más acordes con su pensamiento y en cuyas palabras se integra buena parte de las ideas filosóficas zambranianas más importantes. El texto al que da nombre, escrito a mediados de los años cincuenta a modo autobiográfico, está redactado de forma muy poética y fragmentaria y es de difícil comprensión. Se trata de un artículo hermético, de carácter visionario y construido a base de reflexiones sueltas e inconexas.

Recordemos que Diotima de Mantinea es la sacerdotisa griega que dicta a Sócrates el discurso sobre el amor que después éste expone a los comensales del Banquete de Platón. La Diotima zambraniana, sin embargo, habla desde un lugar solitario, por donde el hombre ha dejado de transitar: "Y ahora, extranjera, a solas con mi Dios que se me ha vuelto desconocido, a nadie veo a mi alrededor que me asegure ser ayudada al momento de arrancarme de esta tierra de la que más que hija he sido, por lo visto, huésped".² La Diotima platónica, maestra de Sócrates, es, por tanto, epígono del presocratismo: fin de la cosmogonía órfica y nacimiento del racionalismo griego. Se sitúa en el umbral de la leyenda. La Diotima de Zambrano, sin embargo, no anuncia un nuevo estado de conocimiento, ni del hombre, sino que habla desde su interior, sin contacto con la cultura, y en camino hacia la muerte. Este cambio de escenario y de ánimo del personaje respecto a su original obedece, en nuestra opinión, a lo mismo que la estudiosa de Zambrano, Ana Bundgård, atribuye al caso de Antígona y que está emparentado con la conciencia del exilio vital: "No es, pues, una conciencia conquistada mediante el ejercicio de la razón. Es la conquista paciente de los bienaventurados, seres que voluntariamente renuncian al poder, al logos de la razón

¹ El artículo "Diotima de Mantinea" de Zambrano apareció recogido en el libro recopilatorio *Hacia un saber sobre el alma*, pero fue publicado inicialmente en *Botteghe Oscure*, en 1956 y en *Litoral*, 1983.

² ZAMBRANO, M. (1983): "Diotima de Mantinea", *Litoral*. pág. 107.

histórica y al progreso y avanzan en el espacio desértico del exilio metafísico que es la vida con el único anhelo de alcanzar una visión divina".³ Es decir, el estado de soledad y ensimismamiento de estos personajes zambranianos posteriores a la guerra civil, es una consecuencia directa del exilio político de la pensadora, que llegando más allá de las circunstancias históricas, se metamorfosea en una especie de exilio interior distante de la filosofía y de la razón. Por otra parte, en el caso de Zambrano, esta metamorfosis dinamita de raíz la influencia de Ortega en cuanto al tema de las circunstancias.

Zambrano anuncia desde el principio del artículo que Diotima se le ha aparecido en un momento revelador, aunque dice, "sólo unos fragmentos hemos podido intra-oír". Es decir, Diotima habla a través de la voz de la filósofa, pero ésta la presenta como si de otra persona se tratase. María Zambrano asume apócrifamente la identidad de la sacerdotisa griega para expresar, a través de su boca, algunas de las ideas y visiones que invaden su mente. Es muy revelador que Zambrano acudiera precisamente a este personaje para exponer las ideas que aparecen a continuación, pues, si en algo es deudora Zambrano de Platón, eso es precisamente, en la importancia concedida al amor como forma de conocimiento, tema éste que ocupa al diálogo platónico referido. En el Banquete, Sócrates explica que el amor es el intermediario entre la belleza y la fealdad, la bondad y la maldad, los hombres y los dioses y que se manifiesta a través de sacrificios, iniciaciones, encantamientos, magia, etc. El amor es en Platón, por tanto, una vía intermedia entre el mundo fenoménico o de las apariencias y el mundo de las ideas, un medio de unión entre ambos y una forma de acceder a la idea de Belleza. Tal y como se describe en El banquete, este acceso a la Belleza se produce mediante un proceso ascendente basado en una serie de depuraciones progresivas. El método utilizado es el eros:

He aquí, pues, el recto método de abordar las cuestiones eróticas o de ser conducido por otro: empezar por las cosas bellas de este mundo teniendo como fin esa belleza en cuestión, y valiéndose de ellas como escalas, ir ascendiendo constantemente, yendo de un solo cuerpo a dos y de dos a todos los cuerpos bellos y de los cuerpos bellos a las bellas normas de conducta, y de las normas de conducta a las bellas ciencias, hasta terminar, partiendo de éstas, en esa ciencia de antes, que no es ciencia de otra cosa sino de la belleza absoluta, y llegar a conocer, por último, lo que la belleza es en sí.⁴

³ BUNDGÅRD, A. (2000): *Más allá de la filosofía: sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano*. Madrid, Trotta. pág. 305.

⁴ PLATÓN (1983): *Banquete*. Barcelona, Orbis. pág. 93.

El filósofo es, por eso, y, como su propio nombre indica, un filo-sofos, un ser que ama la filosofía, un enamorado. Zambrano recoge de Platón, aunque también de las *Meditaciones del Quijote* de Ortega, esta idea del amor como modo de conocimiento, en la medida en que es integrador, mediador entre contrarios, y que permite recuperar la unidad escindida desde el origen de la filosofía y de la historia del hombre, entre sujeto y objeto, razón y pasión, y, cómo no, entre filosofía y poesía. A esa recuperación, Zambrano la denomina "desnacimiento" y el lugar al que se "desnace" se denomina "sentir originario", que puede ser equiparable al paraíso perdido, al mito de la caída, al estado natural, etc.

El amor, igual que la razón, también busca y encuentra una unidad, porque el enamorado se funde con el objeto amado en un único ser. Esta unidad encontrada por la vía del amor es el tema que nos interesa destacar. La filosofía, mediante la razón, había conseguido la instauración de otro tipo de unidad (parmenídea en primer lugar), pero ésta, a diferencia de aquella, estaba basada en una serie de reducciones, y abstracciones, tras de las cuales se construía un objeto, el ser, que era ideal, inmutable, idéntico a sí mismo y único, pero irreal. El amor en Platón, en *Las Meditaciones del Quijote* de Ortega y en la mayor parte de la filosofía zambraniana, da paso, sin embargo, a esa otra unidad no ideal, sino real, una unidad superadora de la bifurcación inicial del hombre con respecto a sus semejantes, de lo claro y lo oscuro, de la noche y el día, etc. La conocida razón poética zambraniana, en este sentido, no es más que una forma de aprehensión de las cosas basada en una apertura más allá de los estrechos conceptos filosóficos y de su limitación. Busca, en definitiva, la reintegración de las cosas o lo que es lo mismo, el trato amoroso con ellas. La razón poética, unidad de filosofía y poesía, tiene, por eso, un alto contenido erótico: "Poesía y razón se completan y requieren una a otra. La poesía vendría a ser el pensamiento supremo por captar la realidad íntima de cada cosa, la realidad fluyente, movediza, la radical heterogeneidad del ser. "Razón poética, de honda raíz de amor."⁵

Pues bien, tanto en el texto socrático, como en el zambraniano, aparece pues un elemento común: la búsqueda de una unidad, diferente a aquella abstracta e ideal, que sea conseguida, no por la razón, sino por medio del amor. En el caso de Zambrano, no resulta extraña esta apuesta irracionalista, pues la pensadora es deudora de una época en que esta filosofía ha entrado en crisis, y busca ya caminos alternativos en los que asentar

⁵ ZAMBRANO, M. (1989): "Palabras paternas", *Las palabras de regreso*. Mercedes Gómez Blesa (ed.), Salamanca, Amarú, 1995. pág. 184.

su saber. El caso de Platón, sin embargo, resulta mucho más problemático, pues es el padre de la filosofía y el primero en reivindicar el conocimiento puramente racional. Por esa razón, el Banquete ha sido considerado como un diálogo extraño en el conjunto de su obra. Dos aspectos fundamentales, relacionados entre sí, así lo confirman: en primer lugar, el hecho de que el tema tratado no sea la teoría de las ideas, la construcción de la república ideal o la inmortalidad del alma, sino uno mucho más escurridizo, el amor. Por otro lado, la adjudicación a una sacerdotisa maga de la cultura órfica de un discurso que después será asumido por Sócrates y, por tanto, que resultará "vencedor" en la discusión con los demás asistentes⁶. Estos dos elementos han llevado a algunos exegetas de la obra platónica a considerar que la descripción de Diotima sobre el momento supremo de contemplación de la belleza es un acontecimiento místico⁷ y no racional, y que ese puede haber sido el motivo por el que Platón prefirió adjudicárselo a una sacerdotisa y no directamente a Sócrates. La mística no es más que otro camino de acceder a una unidad de manera amorosa.

Esta unidad proporcionada por el amor, y que lleva a la contemplación de una realidad absoluta también aparece expuesta por la Diotima zambraniana en el texto que analizamos. En nuestra opinión, la unidad conseguida vía erótica tiene varias formulaciones diferentes que aparecen directa o indirectamente en el texto zambraniano y, por supuesto, en otros momentos posteriores de su obra. Vamos a ir viendo estas formulaciones una a una.

La sacerdotisa zambraniana pone de manifiesto en varias ocasiones la imposibilidad de describir algunas las visiones que está teniendo:

Otra noche vi dormida, pero no en sueños, en ese espacio donde las cosas son enteramente lo que son, en una claridad sin resto alguno de opacidad, la luna blanca, pura, ensimismada; su luz no irradiaba ni tenía fosforescencia, ni resplandecía ni brillaba, era la luna y su luz quieta. Mas tampoco esto lo sé poner en palabra porque nunca he podido pensar.⁸

Las visiones de la Diotima zambraniana tienen, por tanto, un carácter inefable. Esta característica, más que esclarecer el objeto contemplado, lo hunde en un hermetismo todavía mayor, que tiene, sin embargo, un sentido profundo. Antes de la

⁶ El análisis etimológico del nombre de la sacerdotisa es muy revelador en este respecto: "Diotima" significa "que ama a Zeus" y "Mantineia" proviene del adjetivo "mantiké" que alude al arte adivinatoria y del cual procede el término "mántica", por ejemplo.

⁷ WOLFF, H. M. (1957): *Plato. Der Kampf ums Sein*, Berna.

⁸ ZAMBRANO. *Op. cit.* "Diotima de Mantine". pág. 111.

alusión a esta inefabilidad de la visión mística, la Diotima zambrana comienza poniendo de manifiesto que ya nadie se acerca a ella para que, como sabia, le muestre su sabiduría, tal y como ocurría antaño, y que, como consecuencia, se ha tenido que ir retrayendo hacia sí misma hasta llegar, finalmente, al silencio. La cita en la que se alude a esto, creemos, es mucho más plástica que lo que podamos nosotros explicar:

Recogida en mí misma, todo mi ser se hizo un caracol marino; un oído; tan sólo oía. Y quizás creía estar hablando, cuando las palabras sonaban tan sólo para mí, ni fuera ni dentro; cuando no eran ya dichas, ni escuchadas, tal como yo había soñado deberían de ser las palabras de la verdad.⁹

Es decir, Diotima se retrotrae hacia sí misma buscando las palabras en su interior, en su estado virginal, original, anterior a su decir. En cierto modo, se contrapone al logocentrismo racionalista occidental en aras de la experiencia del silencio, y, en todo caso, de la comunicación místico-poética. Sustituye el hablar por el oír. Se busca la palabra no dicha todavía, que, para ella, es la palabra de verdad. Y es palabra de verdad, precisamente, y esto es lo que nos interesa, por no haber sido separada todavía del sujeto parlante, porque, en ella, se mantiene aún la unidad con lo real, con la profundidad de las entrañas, con los ínfimos de los que parte, una unidad que se rompe en mil pedazos cuando las palabras son por fin proferidas y expulsadas al exterior. Esta búsqueda de la palabra inicial, primigenia, situada en los albores del decir, apunta ya a buena parte de las ideas vertidas por Zambrano en sus últimos libros, sobre todo, *De la aurora* y *Claros del bosque*. En ellos, la pensadora también apuesta por la recuperación de la palabra inocente, originaria, por el balbuceo, antes de la lógica del decir y del pensamiento, que "cosifica" las ideas en conceptos, petrificándolos y destruyendo su energía y poder: la "fysis", ese término sagrado, misterioso, se convierte, mediante la acción del pensamiento, en aquel otro término dominado por el hombre, liberador de connotaciones, aséptico, que es el término de "naturaleza".¹⁰ En definitiva, la palabra no dicha, la interior es la primera unidad amorosa no rota por la acción del pensamiento, por logos. Es la primera unidad, por tanto, que guarda celosamente la

⁹ *Ibidem*. pág. 107.

¹⁰ Algo parecido muestra Manuel Asensi a propósito de Heidegger: "*¿Qué nos dicen desde su superficie, y en calidad de "medio de transporte" de un significado, palabras como "dormir", "cauce", "línea" o "brazos?" Fijas y amordazadas estas palabras quizás sean descompuestas (gracias a la doble articulación) y estudiadas en campos semánticos (gracias a la semántica estructural). Y nadie niega las virtudes de tales actividades. Pero cuando esas mismas palabras son removidas por un poeta como Gerardo Diego y rezan: Saber que duermes, cierta, segura, /cauce fiel de abandono, línea pura/ tan cerca de mis brazo maniatados, lo que realizan ya no cabe dentro de los límites de la mera instrumentalidad.*" ASENSI, M. (1995): *Literatura y filosofía*. Madrid, Síntesis. pág. 238.

sacerdotisa Diotima junto con su sabiduría con ella celada. El hablar ha sido sustituido por el escuchar; sus palabras de sabia, por el silencio.

Un segundo tipo de unidad aparece en relación con el tema del espacio. Para Zambrano, el espacio donde habita el hombre, el espacio humanizado, no es un espacio natural, sino conquistado, institucionalizado. Al igual que ocurría con la palabra, en el momento en que el espacio se "construye", deja de ser misterioso, heterogéneo, y pasa a situarse bajo la égida del hombre. De ahí la importancia concedida, por ejemplo, a los "claros del bosque", unos lugares que, en su indeterminación y ambigüedad rompen la racionalización y limitación que el hombre ha impuesto sobre su sentido espacial. Tal y como recordaba Ortega, la palabra "bosque", en todas las lenguas, tiene un alto grado de misterio, de encantamiento, y lo es así porque un bosque es algo invisible: si uno se adentra en él para tratar de verlo, lo único que podrá ver serán árboles. El bosque es una suma de posibilidades, no un cerco cerrado, o un lugar determinado, con límites definidos que permitan su visibilidad. Pues bien, un lugar de estas características es el que busca Diotima, pues en él todo es posible y la unidad no ha sido todavía catapultada. Por eso afirma:

Siempre sentí las cosas lejanas, las que se desarrollan en otros tiempos y en otros espacios. Sucesos que ocurren en algún lugar diferente del nuestro, instantes de realidad que ahí se consumen en duraciones como desiertos. Y así he atravesado varios que señalan las verdaderas épocas de mi vida y han ido marcando mi edad.¹¹

Tenemos, por tanto, el espacio abierto, ambiguo, indeterminado, más allá de la racionalización a la que lo ha sometido el hombre, pero tenemos también, junto a él, al tiempo. El tiempo humano es, para Zambrano, otra abstracción, una reducción y racionalización de un tiempo que en realidad es discontinuo, pero que la mente humana ha dividido en segmentos iguales, cuantificables, con los que poder organizar nuestras vidas. En el artículo que analizamos, Diotima rememora al hombre que la enamoró en un momento de su vida y que después la abandonó. El amor entre ambos, sobra decirlo, permitió otro tipo de unidad, la propia del amor, de ahí que la desaparición del amado conllevara, irremediamente, la de la amada: "Alguien me había enamorado allá en la noche, en una noche sola, en una única noche hasta el alba. Nunca más apareció. Ya nadie más pudo encontrarme."¹² La identificación entre el amado y la amada rompe, en

¹¹ ZAMBRANO. *Op. cit.* "Diotima de Mantinea". pág. 111.

¹² *Ibidem.* pág. 114.

las dos últimas oraciones, la lógica discursiva, transformándola en una aporía: en lugar de "encontrar-le", el pronombre personal de tercera persona es sustituido por el de primera, "encontrar-me", para reincidir en la unidad amorosa que se ha producido entre el amante y amada. Pero volviendo con el tema del tiempo, lo que nos interesa resaltar es el momento en el que aconteció esta unidad amorosa: Diotima repite, en varias ocasiones, que este momento fue el de la aurora, el del alba. La aurora es la transición de la noche al día, dura un instante, pero se puede decir, ante su ambigüedad y su indeterminación, que la aurora es el momento en que día y noche se unen: noche y día se identifican. Tenemos, por tanto una tercera unidad del apócrifo. El alba es, para Zambrano, el momento del amor. Por eso tras el abandono del amado que acabamos de reproducir, Diotima clama "Y me quedé al borde del alba [...] Y allí quedé esperando. Me despertaba con la aurora, si es que había dormido. Y creía que ya había llegado, yo, ella, él... Salía el Sol y el día caía como una condena sobre mí. No, no todavía."¹³ El sol, frente a la aurora, es el sinónimo de la razón, de la claridad, porque, frente a la luz ambigua del alba, el sol diferencia unas cosas de otras y, lo que es más importante, las hace visibles; rompe, por tanto, la indeterminación, la mezcla, la confusión en unidad que caracterizaba a la realidad durante el momento auroral.

Pues bien, hay un estado del hombre que reúne todos estos tipos de unidades que hemos ido analizando. Nos referimos al sueño. La Diotima zambraniana habla precisamente desde la duermevela, desde ese estado en el que las cosas se ven de otra manera: "Tuve un sueño, no sé si lo fue, creo que sí: una sierpe avanzaba hacia mí: no era mala ni traía quizás ninguna gota de veneno"¹⁴, o más adelante, "Por entonces comencé a ver de vez en cuando, en ocasiones dormida y en ocasiones despierta, de un modo diferente".¹⁵ Los sueños serán en la obra zambraniana un tema de preocupación recurrente durante los años sesenta y un tema que dio lugar a la publicación de dos libros fundamentales: *Los sueños y el tiempo* y *El sueño creador*. Por falta de espacio y tiempo, no vamos entrar a analizar este tema, pero sí anotaremos brevemente que el sueño es, para Zambrano, una de las formas en que puede darse lugar al "desnacimiento" y que permite entrar en contacto con ese "sentir originario" anterior a la historia de la filosofía. Los sueños vienen a ser más o menos, como los restos del paraíso que han sobrevivido en la historia hombre.

¹³ *Ibidem.* págs. 114-115.

¹⁴ *Ibidem.* pág. 110.

¹⁵ *Ibidem.* pág. 110.

Una última unidad nos lleva al término de esta comunicación: se trata, esta vez, de un símbolo literario, repetido por numerosos poetas y escritores a lo largo de la historia: el mar. La unidad que simboliza el mar es algo evidente en lo que no hace falta incidir. En el texto zambraniano, el mar es además símbolo de la muerte, es decir, que es, en realidad, la unidad absoluta. Y la Diotima zambraniana está, como ya hemos dicho, al borde de la muerte, a la orilla del mar. Mientras termina su discurso, Diotima sufre una última transformación:

Y así me he ido quedando a la orilla. Abandonada de la palabra, llorando interminablemente como si del mar subiera el llanto, sin más signo de vida que el latir del corazón y el palpitar del tiempo en mis sienes, en la indestructible noche de la vida. Noche yo misma.¹⁶

¹⁶ *Ibidem.* pág. 119.